

## Semana Santa



La primavera, con su orgía de luz y colores, con la caricia de su aire transparente y tibio, con el temblor emocionante de la verde vida que emerge, tímida y silenciosa, de la tierra húmeda, nos trae también el mensaje, repetido y puntual, de la Semana Santa. Un cálido mensaje de redención, de esperanza, de salvación; un mensaje, en suma, de amor, pues solo él tiene capacidad y energía para in-

ducir o suscitar esa confiada certidumbre en la posibilidad de alcanzar aquellas metas que nos seducen; solo él posee virtudes taumatúrgicas para limpiar las lacras y pústulas del alma enferma; sólo él atesora generosidad bastante para tender la mano salvadora que nos elevará y alejará del infierno de nuestras propias miserias.

Pero la Semana Santa, abstracción hecha de su contenido religioso, se ha convertido por su reiteración a través del tiempo, en una costumbre, en un evento popular. En otra ocasión he dicho que no debe trivializarse esta efeméride, y conviene repetirlo. Pero tampoco puede olvidarse, ni desvalorizarse, la otra cara de la conmemoración, el aspecto profano, porque forma ya, con honda raíz, parte de ese conglomerado di-

verso y rico que es la cultura de nuestros pueblos, a la que cada uno de ellos imprime su especial idiosincrasia.

De este hecho surgen tantas variaciones sobre el mismo tema como pueden contemplarse en todas las ciudades y lugares del país. Son los distintos modos expresivos del carácter de sus individuos, de sus numerosas maneras de concebir y entender la Pasión. Existe una evidente diferencia entre la Semana Santa sobria, adulta y hasta tétrica de la vieja Castilla y la exuberante, explosiva y vitalista de nuestro Sur. Ambas son consecuencia de unos mismos sucesos, de idéntica idea, de igual mensaje; pero la manera de percibirlos difieren según la personal psicología de cada uno de ellos. Esto no significa otra cosa que la constatación de una variedad; no implica ni mayor o menor fervor, ni firmeza o debilidad en la creencia. Ocurre sólo que el destinatario del sacrifi-

cio divino es el hombre y éste tiene diversas y, en muchas ocasiones, contrapuestas formas de ver una misma realidad, sin que por ello esa realidad se desvirtúe o pierda su esencia: Tan cierta es la tragedia de la Pasión, la sensación de infinita negrura de un mundo que queda huérfano de su Dios, como la no menos infinita alegría de quienes se saben salvados y, aún estando todavía en el penoso trámite de la muerte, intuyen, presienten, ven en el horizonte el arrebol del triunfo y no pueden reprimir el gozo exultante de sus corazones.

**Miguel Molina Rabasco**

